

EN EL PRIMER ACTO DEL ENCUENTRO, en el Consello da Cultura Galega, nuestro Presidente me dedicó unas palabras, que agradezco de verdad, con las que (más o menos) me llamaba “padre fundador” (?) y me aseguraba que nunca me había ido de ACAMFE. Inmediatamente me vino a la mente un verso de un poema de Rosalía de Castro, de su libro *Follas Novas*:

*Cando volver, se volvo, todo estará onde estaba.*  
(Cuando vuelva, si vuelvo, todo estará como estaba)

Por un momento quise pensar que así era, que todo estaba en su sitio; pero al cabo de un rato, la realidad tangible, contundente, me dijo que no era exactamente así; que de los cinco auténticos padres fundadores de la asociación no estaban en ACAMFE, en este momento, más que tres, ninguno de ellos en la sala en que nos reuníamos; y que de los protagonistas del momento auroral, luminoso, de ACAMFE faltaban muchísimos: de los siete miembros de la comisión gestora que sólo dos estábamos allí, y de las primeras casas faltaban también algunas significativas; unos porque ya habían abandonado la asociación, otros porque no se habían acercado a Santiago.

Pero sí estaban en la sala algunos veteranos *acamfianos*, quizá no muchos; pero fieles e incondicionales a la asociación; y sí había caras nuevas de casas viejas y caras nuevas de casas nuevas. Al día siguiente, la Asamblea de la asociación se desarrollaba por caminos claramente reconocibles. Por lo tanto, había cosas que no estaban y otras nuevas, ya sea renovando o sustituyendo éstas a aquellas; lo cual significaba que si bien no todo estaba donde solía, el escenario permanecía y prometía un futuro.

Así las cosas el verso de Rosalía requería algún matiz que saltara por encima de estos cambios advertidos: ¿está ACAMFE donde estaba? No tengo suficientes elementos de juicio para valorarlo, porque un día y medio de convivencia no te deja más que indicios algo dispersos... En un momento dado, ser *testigo de honor* convirtió mi presencia en

## *Impresiones apresuradas de un reencuentro.*

**GONZALO REY LAMA.**  
Ex presidente de ACAMFE



Gonzalo Rey Lama.  
Archivo fotográfico de la Casa-Museo Tomás Morales.  
Cabildo de Gran Canaria.

ausencia y la melancolía penetró como una niebla en mi corazón antes de ocuparse de su trabajo preferido, aristotélico, de hacer renacer el espíritu, lo que me llevó a pensar qué era la ACAMFE que uno vivió.

ACAMFE, en mi memoria, era, hace quince o diez años, el espacio de una ilusión auroral, el tiempo de un crecimiento personal y la frontera de una *evangelización*.

La ilusión era esa indesmallable que surge de la convicción de que una idea es buena, que vale la pena esforzarse en materializarla primero y en hacerla crecer después hasta que pueda vivir ella sola su propia vida. Y esta ilusión nos llevaba a la reflexión, interna o con ayudas exteriores, sobre las esencias de las casas-museo, sobre la forma de lo que un intelectual gallego llamaba *apousentar as sombras* (aposentar las sombras) de nuestros autores en sus casas, sobre las relaciones de la casa con el mundo alrededor, sobre la praxis más terrenal.

El crecimiento personal, en sus dos ámbitos: profesional e íntimo, era el resultado de la oportunidad de conocer otros modos de gestionar las casas y fundaciones, discerniendo cuáles incorporar a esa gestión y cómo hacerlo; era la respuesta a la responsabilidad de pertenecer a la asociación, que te exigía profundizar en el conocimiento de los escritores y de su mundo. Estas facetas de enriquecimiento llevaban consigo, como certificado de autenticidad, el placer de la reunión más o menos improvisada, de la conversación distendida, del debate creativo, del íntimo diálogo con el autor a través de sus libros buscando en la palabra el conocimiento, que diría José Ángel Valente.

La *evangelización* era la consecuencia de la situación vacilante de una asociación primeriza que necesita darse a conocer a la sociedad para poder crecer adecuadamente; pero era también la oportunidad de dar a conocer a tu autor, borrando las fronteras del desconocimiento o las otras más sutiles y acaso más peligrosas del conocimiento superficial y estereotipado.

Quizá fuera oportuno recuperar reflexiones que hoy se nos presentan como nuevas y que para ACAMFE son ya

veteranas. Quizá fuera oportuno pensar si esta ACAMFE que yo recuerdo no sin emoción permanece o no. Aunque quizá más oportuno sería discernir si aquella ACAMFE es posible hoy o hay que acomodarla a las realidades más perentorias. No lo sé; mi presencia-ausencia no me permite decir más; pero si refugiarme en este poema que Luis Cernuda dedicó a su casa:

*un jardín secreto  
donde crecen los sueños  
y el que quiera encontrarse  
que se busque a solas  
en la soledad del desierto.*

Todo esto se me iba agolpando en este día y medio de convivencia *acamfiana* y ahora me apresuro a ponerlo en limpio antes de que se pueda contaminar por un exceso de racionalidad, disfrutando así de aquella bendita espontaneidad que caracterizaba las convivencias de los años en que criábamos a ACAMFE a nuestros pechos; cuando inventamos la mística de las Casas-Museo.

Santiago de Compostela, 11 de octubre de 2012.